

HELICIMARA TELLES Y ALEJANDRO MORENO (ORGS.),  
***Comportamento Eleitoral e Comunicação Política  
na América Latina: O Eleitor Latino-americano,***  
BELO HORIZONTE, EDITORA UNIVERSIDADE FEDERAL  
DE MINAS GERAIS, 2013. 586 PP.

*Gerardo Maldonado*<sup>1</sup>

El libro *Comportamento eleitoral e comunicação política na América Latina*, coordinado por Helcimara Telles, profesora de la Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG) en Brasil, y Alejandro Moreno, profesor del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), es una muestra de un nuevo período en los estudios de opinión pública, comportamiento político y medios de comunicación, no sólo en América Latina sino en el mundo democrático actual. ¿Por qué? Pues porque tanto los temas que desarrollan todos los autores como sus metodologías de análisis establecen un parámetro o un punto de arranque más avanzado que los especialistas en estas áreas deberemos tomar en consideración y que hubiese sido difícil –en muchos casos imposible– de considerar hace unas década. Pero sobre esto volveré más adelante. Mi propósito aquí, primero, es reseñar de manera breve algunos argumentos expuestos en el libro con el fin de que aquellos interesados lo busquen y lo consulten en detalle y, más adelante, exponer ciertas preocupaciones a partir de la lectura, para que quienes no estén de acuerdo conmigo también busquen el libro, lo lean y estimen en qué estoy equivocado.

---

<sup>1</sup> Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la Universitat Pompeu Fabra, España, y Profesor Investigador Titular en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) en México.

El volumen está compuesto por catorce capítulos, escritos por veinte autores, distribuidos en dos grandes apartados. Además, los acompañan la presentación y las conclusiones escritas por los propios organizadores y un prefacio redactado por una de las autoridades continentales en el tema: el profesor Gláucio Soares. La primera parte del libro está centrada en el primer componente del título, el comportamiento electoral, y la segunda, en la comunicación política. Los ocho capítulos de la primera parte inician con el estupendo trabajo de Leticia M. Ruiz Rodríguez. El capítulo está dedicado al análisis de los ámbitos de relación entre electores y partidos políticos en toda la región. Con base en diferentes indicadores, la autora destaca la alta volatilidad de los sistemas políticos latinoamericanos; es decir que los electores en América Latina cambian de decisiones partidistas con más frecuencias que en otras regiones del mundo (si se compara con América del Norte y Europa, aunque, como lo ha mostrado la literatura, África y Asia están en peor condición). También, como muestra el capítulo, esta alta volatilidad electoral, combinada con una importante fragmentación partidista de los sistemas, se debe a la baja estructuración programática y a la reducida identificación partidista. De esta manera se concluye que las disputas entre partidos y las relaciones con los electores no se resuelven en el ámbito programático, sino en otras arenas de competición política –algunas también estudiadas más adelante en este libro–. Así se muestra que los elementos de anclaje electoral de largo plazo tienen menos capacidad predictiva en las decisiones de voto de los ciudadanos. No obstante, la autora destaca que existe alguna evidencia de que cuanto más experimentan la democracia electoral los electores, mayores son sus vínculos programáticos e ideológicos. Dicho de otra manera, existe cierta evidencia de que con el paso del tiempo se deberá

observar una mayor estabilización del comportamiento electoral en la región, al menos en varios países.

Después de esta apropiada entrada al tema, el apartado de comportamiento electoral continúa con tres capítulos centrados en la perspectiva económica de la explicación del voto. Los dos primeros capítulos, en términos muy generales, se centran en responder a una pregunta muy relevante: ¿el voto es un premio o un castigo? Por un lado, Malco Braga Camargos, en su capítulo, también con información de toda la región, concluye que en los países donde las crisis han sido más recurrentes la relación entre el voto y la economía es más fuerte (cabe reparar en un asunto mencionado por el autor: las crisis y no la estabilidad económica es lo que da más sentido al voto en términos, precisamente, de premio o de castigo). Por el otro, Sébastien Dubé argumenta que no todas las crisis económicas tienen los mismos efectos. En su capítulo, utiliza el caso de Argentina para mostrar que, dadas determinadas condiciones, los factores políticos tuvieron más peso que los económicos, especialmente la actuación de los propios políticos. El siguiente capítulo, escrito por María Celeste Ratto y José Ramón Montero, pone a prueba el poder explicativo de la teoría del voto económico desde una perspectiva más amplia al comparar, primero, el peso de factores de corto y de largo plazo en la decisión del voto y, segundo, los resultados de estos componentes en distintos países. A partir de un análisis detallado y cuidadoso de las elecciones argentinas de 2007, los autores concluyen que mientras que en Argentina pesan más los factores de corto plazo (evaluaciones retrospectivas de la economía y de los líderes políticos), en México y en Uruguay pesan más los factores de largo plazo, en especial la identificación partidista. De esta manera, los tres capítulos muestran que las teorías del voto económico tienen limitaciones para explicar casos en la región.

Los siguientes cuatro capítulos se centran en otros elementos importantes en la región para explicar el comportamiento electoral latinoamericano: el cambio valorativo, la corrupción o la insatisfacción de los electores. En primer lugar, el capítulo de Helcimara Telles, Pedro Santos Mundim y Nayla Lopes se centra en explicar el voto brasileño a Marina Silva en las elecciones presidenciales de 2010, quien tenía una agenda verde posmaterialista con seguidores de religión evangelista (características que también se señalaron al principio de las elecciones recientes de 2014, en las que resultó ganadora Dilma Rousseff). Los autores se preguntan: ¿qué significa la coalición marinista, cuyos electores parecen ser producto de los procesos de movilidad cognitiva (educación, uso de internet), posmaterialismo (agenda verde) y grupos religiosos minoritarios (evangélicos) para la política brasileña y latinoamericana? La respuesta, como varios otros capítulos del libro, está en las teorías del comportamiento electoral más general. En particular, el caso brasileño estudiado tiene detrás, sin demasiada duda, el fenómeno de la “Revolución silenciosa” establecido hace varias décadas por el profesor Ronald Inglehart. Según Inglehart, las sociedades modernas se mueven hacia un cambio de valores, donde los actores tradicionales de competencia política se enfrentan a nuevos electores (la inclusión de los jóvenes) y nuevos partidos, con patrones de apoyo programático y valorativo distinto. Quizá, como dicen los organizadores del volumen, el caso de México en 2012 podría ir en el mismo sentido: la aparición de un movimiento estudiantil movilizado en redes sociales electrónicas, que se manifestaron en contra del que resultó candidato vencedor del tradicional PRI.

El siguiente capítulo, de Fernando Filgueiras, está centrado en el tema de la corrupción. Tal como lo establece el autor, también utilizando el caso de Brasil, los ciudadanos están constantemente expuestos a escándalos corruptos,

a prácticas coercitivas y a compra de votos. Así, según muestra el capítulo, la cobertura mediática de la corrupción tiene una participación en las decisiones electorales de los brasileños. El capítulo de Jaime R. Fonseca sirve como un puente para conectar con el electorado europeo, mediante el trabajo sobre Portugal. Fonseca parte de la postulación de la falta de satisfacción de los electores en el rendimiento del gobierno portugués, a partir de distintos atributos de homogeneidad o heterogeneidad sociales, para después asemejarlo con casos latinoamericanos. Por último, el capítulo de Héctor Briceño se dedica a reseñar los cambios que ha tenido el electorado de Venezuela entre 1958 y 2010, con énfasis especial en la crisis y fragmentación del sistema de partidos de la década de 1990 que desembocó en el triunfo electoral de Hugo Chávez.

Uno de los determinantes de las opiniones, las actitudes y los comportamientos de los ciudadanos son las nuevas fuentes de comunicación política –en especial las redes sociales virtuales–. Sobre esto se centran los seis capítulos pertenecientes a la segunda parte del libro. Los dos primeros capítulos de esta parte asumen que la expansión de Internet y el aumento del uso de redes sociales son primordiales en el análisis de las elecciones. Por un lado, el capítulo de Sylvia Lasulaitis estudia las campañas electorales en Internet, lo que modifica la información de los electores. Usando el caso de Chile, la autora dice que, sin duda, Internet es un nuevo foro de deliberación política durante campañas electorales. Ella estima un cambio en los procesos de comunicación *top-down* a uno de *bottom-up*: de los ciudadanos a los políticos. Por otro lado, el capítulo de Alejandro Moreno y Yuritzi Mendizábal demuestra que el uso de las redes sociales en el electorado mexicano es más común entre los jóvenes escolarizados y entre quienes tienen un mayor sentido de eficacia política, con actitudes más desafiantes del *status quo*. Dicho en otras palabras,

los internautas políticos mexicanos son ciudadanos más críticos (según la propuesta de Pippa Norris).

No obstante el aumento del efecto de las nuevas tecnologías en los procesos electorales, especialmente entre los segmentos más jóvenes, como demuestran los siguientes capítulos del libro, el votante latinoamericano continúa en su mayoría consumiendo noticias por medios tradicionales: los periódicos, la radio y, sobre todo, la televisión. En ello coinciden los autores de los capítulos posteriores, todos los cuales utilizan el caso brasileño: Giliard Gomez Tenório estudia los tiempos gratuitos de propaganda en la televisión; Francisco Fonseca se centra en la importancia de los medios masivos de comunicación para explicar el triunfo electoral del presidente Collor de Mello; y Luiz Cláudio Lourenco analiza los debates presidenciales de 2002, cuando parecía muy evidente el mejor desempeño del candidato Lula frente a los demás. Finalmente, esta sección cierra con un capítulo de Isabel Ferin Cunha y Rita Figueiras, quienes contrastan los efectos de los media utilizando el caso de Portugal.

Aunque los capítulos fueron escritos de manera independiente, existen algunas coincidencias que es posible destacar. En primer, aunque están presentadas como dos secciones separadas, hay algunos temas que aparecen en ambos apartados. Por ejemplo, los capítulos de Telles *et al.* y de Moreno y Mendizábal demuestran que los nuevos mecanismos de comunicación política, tanto en Brasil como en México, no sólo están asociados con sectores particulares de la población (más jóvenes, con mejores niveles educativos, con actitudes políticas de más confrontación) sino que también tienen consecuencias concretas en el comportamiento electoral. En segundo lugar, el tiempo parece un asunto importante en varios capítulos. En su momento, el capítulo de Leticia M. Ruiz propone que hay posibilidades de que ocurra una estabilización de la volatilidad

electoral en América Latina, especialmente en el mayor peso que pueden ir teniendo los elementos de largo plazo. Aun así, el tiempo también es importante para el efecto de los elementos de corto plazo. Como lo ha mostrado un artículo reciente, en el caso de México, a medida que las elecciones se fueron haciendo más competitivas, el voto económico ha tenido más peso en la decisión electoral. Así, la lógica del voto ha ido cambiando a lo largo del tiempo. Sin embargo, como muestra el caso venezolano relatado en el capítulo de Briceño, existen condiciones donde un sistema aparentemente estabilizado y democrático puede dar paso a fragmentación y opciones populistas triunfantes.

¿Es posible, entonces, responder a una pregunta implícita en el tercer componente del título del libro? ¿Existe el elector o votante latinoamericano? ¿Cuáles son las características generales y afines del comportamiento electoral de los ciudadanos de América Latina? Los esfuerzos comparativos para encontrar a un “elector regional” son muy complicados, se necesitan teorías de mayor alcance y, sin duda, algo se sabe del elector norteamericano y el europeo. Pero ¿hasta dónde alcanzan a explicar la situación de América Latina las teorías del voto estadounidenses y europeas? ¿Es posible encontrar diferencias y similitudes entre los factores de estructura social (clase social y religión), los factores de largo plazo (identificación partidista, ideología) y los de corto plazo (elecciones, evaluaciones retrospectivas y prospectivas; candidatos y líderes políticos)? Además, ¿cómo utilizar esas teorías tomando en cuenta el contexto político institucional de cada país, donde en algunos países hay voto obligatorio, en otros no; en algunos hay posibilidades de reelección y en otros no; hay distintas ofertas de número, contenido y naturaleza de los partidos políticos; distintas reglas de financiamiento de partidos políticos y acceso a medios de comunicación? Prescindiendo de los hallazgos del libro, mi respuesta no

será satisfactoria: lo único que puedo escribir es que el votante latinoamericano es generalmente independiente de los partidos políticos y su experiencia con la democracia electoral es relativamente reciente, aunque repite algunos patrones de democracias más viejas.

Como señalé al inicio, este libro es sin duda una muestra del buen estado y de la vitalidad de los estudios sobre comunicación política y comportamiento electoral en América Latina. Esto no sólo por la calidad de todos los trabajos, sino también porque estos capítulos no se podrían haber escrito hace tres o, quizá, dos décadas. Por un lado, lo más obvio: el interés en el comportamiento electoral en América Latina se inició con los períodos de democratización de 1980 y 1990. Aun así, la democracia no ha sido experimentada de la misma manera por todos los ciudadanos en diferentes países –tal como se muestra en este libro–. Además, los primeros estudios electorales se centraron en actores y procesos macro, sistémicos, institucionales, y menos en la perspectiva de los ciudadanos. Por otro lado, además del momento histórico, hoy existe más información empírica, especialmente a través encuestas pre- y poselectorales. Igualmente, debe tomarse en consideración que hay más entrenamiento en métodos cualitativos y cuantitativos. También comienza a existir más institucionalización de los grupos de estudio, como Grupo de Investigación en Comunicación Política y Comportamiento Electoral de ALACIP (de donde surge este libro). Y la presencia misma de un capítulo latinoamericano de la World Association for Public Opinion Research, sus congresos anuales y la publicación de la *Revista Latinoamericana de Opinión Pública* son una señal inequívoca de la maduración de los estudios de opinión pública y comportamiento político. Todo esto permite conocer con más precisión las características y las determinantes del comportamiento de los



ciudadanos al tomar sus decisiones políticas, especialmente las electorales.

No obstante, todas las virtudes del libro también hacen patentes varias limitaciones actuales en el estudio de los ciudadanos en América Latina. En el futuro próximo se tendrán que hacer esfuerzos para ampliar nuestro conocimiento de los votantes latinoamericanos, al menos en dos sentidos. Primero, obtener datos confiables y útiles de más países. Los países latinoamericanos estudiados en este libro son solo Argentina, Brasil, Chile, México y Venezuela (incluso hay algo sobre Portugal, lo que le da una perspectiva comparativa). Aunque el *Latinobarómetro* y el *Latin American Public Opinion Project (LAPOP)*, incluso la *Encuesta Mundial de Valores*, son esfuerzos impresionantes que contienen muchísima información, no son propiamente estudios electorales. Además, el *Comparative Study of Electoral Systems (CSES)* y el *Comparative National Elections Project (CNEP)* no tienen cobertura regional. No existe ningún estudio regional que permita conocer con más certidumbre, con modelos teóricos y metodológicos, lo que hay detrás y alrededor de los ciudadanos latinoamericanos.

Segundo, además del esfuerzo empírico, se necesita más esfuerzo teórico que permita incluir variables que seguro son importantes en varios países de América Latina. Hace poco apareció un artículo de Juan Pablo Luna, Ma. Victoria Murillo y Andrew Schrank (“*Latin American Political Economy: Making Sense of a New Reality*”, *Latin American Politics and Society*, vol. 56, 2014), en el que los autores sentencian que en América Latina hoy se hace “una ciencia social que premia el testar teorías libres de contexto y desdeña la derivación de investigación sensibles al contexto”. Aunque su conclusión era para la economía política, el mismo riesgo podría tenerse en los estudios de opinión, comportamiento y comunicación política latinoamericanos. Por ejemplo, será necesario estimar el efecto de

las diversas identidades regionales, locales y étnicas, que pueden ser fuente de conflicto social, económico y político. Otros elementos importantes son la violencia, la victimización y la inseguridad pública: muchas de las sociedades latinoamericanas son muy violentas y la gente ha estado enfrentada a ello. Y otro tema, que ya está comenzando a hacerse, es el de la evaluación de la integridad o fortaleza de los procesos y las instituciones político-electorales. Muchas de las “democracias” de esta región pueden ser puestas en duda como tales. Sin necesidad de decir demasiado, piénsese en los condicionantes del comportamiento electoral en casos como Bolivia, Colombia, Ecuador, Guatemala, Honduras, Paraguay o República Dominicana. Para ello es necesaria una ciencia social sensible al contexto. Y el libro de Helcimara Telles y Alejandro Moreno es un buen lugar para empezar.